

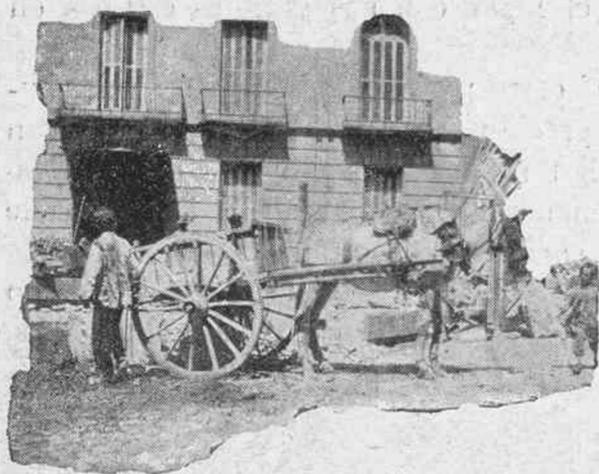
Hace unos cuantos años no se conocía en Madrid el extraño convoy. Desde que rueda por sus calles, sabe Dios las vidas que se han salvado. Porque su misión es limpiar los pozos negros que aún quedan en las zonas donde no se construyó todavía el alcantarillado, servicio que costó siempre la existencia á muchos obreros incautos, víctimas de los gases deletéreos, y que hoy se realiza sin riesgo alguno por medio de profundas mangas que asuccionan el *destritus* y de la estufa de vapor que desinfecta enérgicamente.

Espanta el considerar lo que semejante operación significaba antes en una de esas colmenas de trescientos vecinos que se llaman casas de vecindad, en que los cuartos no suelen tener otro hueco de luz y ventilación que la puerta del piso abierta al corredor; en que los excusados radican al extremo de las galerías, inficionando á la continua el ambiente; en que para fin de fiesta, las familias fecundas, como pobres, se ven obligadas á vivir en el hacinamiento, durmiendo apareados los individuos. Pues por si era poco, la limpieza del pozo negro echaba á volar por el patio los gérmenes de todas las infecciones. Unos cuantos carros bombas que llevan las mulas, un poco



de ácido y un copito de vapor han borrado esa terrible página de la historia de la miseria de Madrid. ¡Dios bendiga á los sombríos carros grises y á la chimenea negra ambulante!

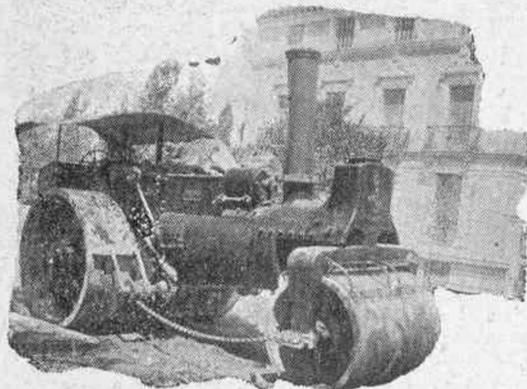
*El volquete.*— Es el «golfo» de los carros de la limpieza. Su misión humilde, aunque necesaria, es tan baja, llevar á verter escombros, que nadie se cuida de su indumentaria; así, unas veces es zanquilargo, otras tiene una caja muy larga ó muy alta, y con frecuencia sus ruedas andan tan flojas de cubo que se meten debajo del volquete, pareciendo que van á romperse, y se apartan luego sin simetría, sometiendo al carrito á una trepidación loca que le hace ir dando tumbos. Tira de la máquina una mula medio seca, con unas guarniciones atadas á veces con sogas. Su paso se señala en los empedrados por la estela de yeso



que derrama en los balances. Si el volquete fuera un sér animado, comería el rancho sobrante de los cuarteles, cogería colillas y dormiría en un desmonte.

*La carricuba.*— Su servicio ordinario es matar el polvo en las avenidas de los paseos que aún no poseen cañerías de riego; el extraordinario, acudir á los incendios para que el heroico bombero disponga del mayor caudal posible de agua. Y cumpliendo á diario el primero, y realizando cuando la ocasión lo exija el segundo, lleva años y años, con la misma forma pesada que cuando corría la regencia de Espartero, con su conductor empingorotado en un pescante altísimo y su regador cogido á la mangueta posterior, arrastrado por ella, y esparciendo en el arenoso piso la lluvia menuda que suelta el irrigador como una peineta de gotas.

Pintada de verde claro y con su conductor en mangas de camisa, aparece entre los árboles en las primeras horas de la tarde. Su nota viva es símbolo de buen tiempo, de sol, de cielo sereno, de otoño ó primavera. En invierno sale poco: sólo en los días radiantes y tranquilos. Dentro de la plebe de los carros, hay en la carricuba algo de alegre y burgués. No galopa jamás, acostumbrado á dejar caer suavemente el agua en la tierra. Cuando más, trota al quemarse alguna casa. Quizás por esa cómoda obligación la aborrecen sus demás camaradas de ruedas.



*La pisadora á vapor.*— Es el símbolo moderno de la policía en las populosas poblaciones. Sus ruedas son dos grandes cilindros de piedra giratorios, sobre los que gravita su esbelto cuerpo de locomóvil, con sus palancas, sus émbolos y su chimenea. Posee á la par la fuerza y la gracia. Deja los pisos de las avenidas como tableros de mármol, y se la ve trabajar arrogante, sin cansancio, con su respiración igual y poderosa. Lo mismo echa una «pisada» á una plaza que se entra por un paseo; pero en Madrid sus zonas predilectas son las del ensanche. Se la conoce que se extasía entre árboles y hoteles.

Y sin embargo, creo para mis adentros que la pisadora á vapor es una máquina triste, porque en su seno siente hervir una caldera que la haría volar, porque ha nacido automóvil y la mala suerte la ha dotado de dos ruedas enormes de piedra, de dos pies de gotoso.

(Fotografías de Asenjo.)

ALFONSO PÉREZ NIEVA.